



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo 18 de septiembre de 2016

Multimedia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy Jesús nos lleva a reflexionar sobre dos estilos de vida contrapuestos: el mundano y el del Evangelio. El espíritu del mundo no es el espíritu de Jesús. Y lo hace mediante la narración de la palabra del administrador infiel y corrupto, que es alabado por Jesús, a pesar de su deshonestidad (cf. *Lc 16, 1-13*).

Es necesario precisar inmediatamente que este administrador no se presenta como modelo a seguir, sino como ejemplo de astucia.

Este hombre es acusado de mala administración de los negocios de su señor y, antes de ser apartado, busca astutamente ganarse la benevolencia de sus deudores, condonando parte de la deuda para asegurarse, así, un futuro. Comentando este comportamiento, Jesús observa: «los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz» (v. 8).

Ante tal astucia mundana nosotros estamos llamados a responder con la astucia cristiana, que es un don del Espíritu Santo. Se trata de alejarse del espíritu de los valores del mundo, que tanto gustan al demonio, para vivir según el Evangelio. Y la mundanidad, ¿cómo se manifiesta? La mundanidad se manifiesta con actitudes de corrupción, de engaño, de abuso, y supone el camino más equivocado, el camino del pecado, ¡porque uno te lleva al otro! Es como una cadena, aunque sí —es verdad— es el camino más cómodo de recorrer generalmente.

En cambio el espíritu del Evangelio requiere un estilo de vida serio —¡serio pero alegre, lleno de alegría!—, serio y de duro trabajo, basado en la honestidad, en la certeza, en el respeto de los demás y su dignidad, en el sentido del deber. Y ¡esta es la astucia cristiana! El recorrido de la vida necesariamente conlleva una elección entre dos caminos: entre la honestidad y deshonestidad, entre fidelidad e infidelidad, entre egoísmo y altruismo, entre bien y mal. No se puede oscilar entre el uno y el otro, porque se mueven en lógicas distintas y contrastantes. El profeta Elías decía al pueblo de Israel que iba por estos dos caminos: «¡Vosotros cojeáis con dos pies!» (cf. *1 Re 18, 21*). Es una imagen bonita. Es importante decidir qué dirección tomar y después, una vez elegida la adecuada, caminar con soltura y determinación, confiando en la gracia del Señor y en el apoyo de su Espíritu. Fuerte y categórica es la conclusión del pasaje evangélico: «Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro» (*Lc 16, 13*).

Con esta enseñanza, Jesús hoy nos exhorta a elegir claramente entre Él y el espíritu del mundo, entre la lógica de la corrupción, del abuso y de la avaricia y la de la rectitud, de la humildad y del compartir. Alguien se comporta con la corrupción como con las drogas: piensa poderla usar y dejarla cuando quiera. Se empieza con poco: una propina por aquí, un soborno por allá... Y entre esta y aquella lentamente se pierde la propia libertad. También la corrupción produce adicción, y genera pobreza, explotación, sufrimiento. Y ¡cuántas víctimas hay hoy por el mundo! Cuántas víctimas de esta difusa corrupción.

Cuando en cambio intentamos seguir la lógica evangélica de la integridad, de la transparencia, en las intenciones y en los comportamientos, de la fraternidad, nosotros nos convertimos en artesanos de justicia y abrimos horizontes de esperanza para la humanidad. Con la gratuidad y la donación de nosotros mismos a los hermanos, servimos al dueño justo: Dios.

Que la Virgen María nos ayude a elegir en cada ocasión y cueste lo que cueste el camino justo, encontrando también el valor de ir contracorriente, con el fin de seguir a Jesús y a su Evangelio.

Después del Ángelus:

¡Queridos hermanos y hermanas!:

Ayer en Codrongianos (Sassari) fue proclamada beata Elisabetta Sanna, madre de familia. Cuando se quedó viuda, se dedicó totalmente a la oración y al servicio de los enfermos y de los pobres. Su testimonio es modelo de caridad evangélica impulsada por la fe.

Hoy, en Génova, se concluye el Congreso Eucarístico Nacional. Envío un saludo especial a todos los fieles allí congregados, y espero que este evento de gracia avive en el pueblo italiano la fe en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en el que adoramos a Cristo fuente de vida y

esperanza para cada hombre.

El martes próximo me dirigiré a Asís con motivo del encuentro de oración por la paz, a treinta años de distancia del histórico convocado por san Juan Pablo II. Invito a las parroquias, las asociaciones eclesiales y a los fieles de todo el mundo a vivir ese día como una Jornada de oración por la paz. Hoy más que nunca necesitamos paz en esta guerra que está por todas partes en el mundo. ¡Recemos por la paz! Siguiendo el ejemplo de san Francisco, hombre de fraternidad y de humildad, estamos llamados a ofrecer al mundo un vivo testimonio de nuestro común esfuerzo por la paz y la reconciliación entre los pueblos. Por ello martes, todos unidos en oración: que cada uno se tome un tiempo, el que pueda, para orar por la paz. Todo el mundo unido.

Saludo con afecto a todos vosotros, romanos y peregrinos provenientes de distintos países. En particular saludo a los fieles de la diócesis de Colonia y a los de Marianopoli.

Y a todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Feliz almuerzo y adiós!